

( 8 )

LA PIEL DE ZAPATO

Los fines del pasado octubre y á la hora de abrirse las casas de juego, segun la ley que protege, en Paris, á una pasion esencialmente productiva para el fisco, entró un jóven en el *Palais-Royal* y subi6se sin titubear al trinquete establecido en el número 39.

¿Y el sombrero? grit6le con voz seca y regañona un viejote parapetado en un rinc6n oscuro, que al levantarse con celeridad mostr6 una cara marchita é inoble.

Al que entra en una casa de juego, la ley comienza por quitarle el sombrero. ¿Será este la prenda que se le escije como gaje de un pacto infernal? ¿Se querrá por ventura obligársele á guar-

dar decoro ante los que le han de ganar el dinero? ¿Acaso es una curiosidad de la policía, que reji-  
trando todas las inmundicias sociales, está interesada  
en saber el nombre del sombrerero, para lo que pu-  
diere acaecer? ¿O servirá por fortuna para tomar  
la medida del cráneo y formar una instructiva es-  
tadística acerca de la capacidad cerebral de los ju-  
gadores? Sobre este particular reina un silencio com-  
pleto en la administracion.

Lo cierto es que apenas se ha dado un paso hácia  
la banca, ya no le pertenece al hombre su sombrero  
mas de lo que él á sí mismo. Entonces pertenece  
al juego, él, toda su hacienda, hasta su sombrero,  
capa y baston. Cuando salga, el *juego*, le probará  
por un atroz epigrama en accion, que todavia le  
deja alguna cosa con devolverle la prenda que presen-  
tó; pero si por ignorancia iba con vestido nuevo,  
respensas propias aprenderia que debe irse con  
traje de jugadores.

La admiracion manifestada en el semblante del  
desconocido que habia subido al trinquete, cuando  
le dieron una tarjeta numerada, indicaba bastante  
una alma todavia inocente.

El vejete que sin duda se habia encenégado des-  
de su tierna adolescencia en los atroces deleites de  
los jugadores, le lanzó una mirada lánguida y fria,  
en la que un filósofo habria leído todas las miserias  
del hospital, las truanerías de la jente arruinada,

los sumarios de una infinidad de suicidados, la ga-  
leras perpetuas, las espatriaciones al nuevo mulo...

Aquel hombre que no vivia ya mas que de ados  
de jelatina, presentaba una viviente imagen de la  
pasion reducida á su término mas simple. En las  
arrugas de su cara se veían vestijios de inveteralos  
padecimientos. Aquel hombre debia jugar su escasa  
paga el dia mismo en que la recibia. Finalmente,  
parecido á un rocin á quien los latigazos no hacen  
acelerar el paso, no se estremecia ya por los sordos  
jemidos, mudas imprecaciones, y horribles miradas  
de los jugadores, que salian arruinados. Era el jue-  
go personificado.

Si el jóven hubiese contemplado bien aquel terrible  
Cerberos, se hubiera dicho tal vez á sí mismo:

— En aquel corazon no hay mas que un juego de  
naipes....

Mas, no escuchó el desconocido ese consejo ma-  
terial, colocado alli por la providencia asi como ha-  
puesto a hediondez á la puerta de todo lugar malo...  
no; entró resueltamente en la sala donde se dejaba  
oir la pestijiosa música del oro... Aquel jóven iba allí  
arrastido probablemente por la mas lójica de tan-  
tas eloquentes frases de J.-J. Rousseau cuyo triste  
sentides, sino me engaño, el siguiente:— *Si, con-*  
*cibo qu un hombre vaya al juego; pero unicamente*  
*cuandentre él y la muerte no vé mas que su pos-*  
*trer dudo...*

los amargos de una multitud de...  
toras por... las capitaciones el nuevo...  
Aquel hombre que no vive ya...  
de jefatura, presentada una viviente...  
pasion recien... en termino...  
arrugas de su cara se veian vestios de...  
pase... Aquel hombre debía pagar su...  
paga el dia mismo en que la...  
parecido a un rocin a quien los...  
acelerar el paso... se...  
juegos y...  
de los jugadores...  
go...

Si el joven hubiese contemplado bien aquel terrible  
Crispino, se hubiera dicho tal vez a si mismo:

— En aquel momento no habia mas que un juego de  
naipes...  
— Mas, no cuando el desordenado era conocido...  
terral, colocada en el...  
puesto a...  
no; y...  
una...  
mucho...  
ser...  
esto...  
cambiar... y...

III se ven muchos hombres...  
a buscar distinciones... las cuales pagan...  
una manera que... el placer del teatro...  
fondo del mismo modo que... a...  
papel con poco dinero...  
meses...

II.

Por lo que...  
delirio que... en el...  
que que... la apertura...  
trindete...  
Del jugador de la...  
distincion que...  
ante...  
su dama... Por la...  
pulsante... la...  
Por la tarde las casas de juego no tienen mas  
que una poesia vulgar, cuyo efecto puede asegu-  
rarse como el de un sangriento melodrama. Las sa-  
las estan llenas de espectadores, jugadores, y an-  
cianos indijentes que van allí para recalentarse, de  
semblantes ajitados, de orjias empezadas en el vi-  
no, y proximas a concluir en el Sena. La pasion  
abunda en ellas; pero la escesiva muchedumbre de  
actores impide contemplar bien de frente al demo-  
nio del juego. La reunion vespertina es el último  
ensayo de una funcion teatral en el que toda la  
compañia grita, en la que cada instrumento de la  
orquestra modula su frase...

Allí se ven muchos hombres honrados que van á buscar distracciones, las cuales pagan de la misma manera que pagarían el placer del teatro ó de la fonda; del mismo modo que irían á comprar en un burdel y con poco dinero, remordimientos para tres meses.

¿Pero puede comprenderse toda la enerjia, todo el delirio que debe fermentar en el espíritu del hombre que espera con impaciencia la apertura de un trinquete?...

Del jugador de la mañana al de la tarde vá la diferencia que distingue al marido negligente del amante enajenado rondando bajo los balcones de su dama... Por la mañana llega solamente la pasión palpitante y la necesidad en su horror franco.... Entonces sí que se puede admirar á un verdadero jugador, á un jugador que no ha comido, dormido, vivido ni pensado; tan duramente se halla instigado por el látigo de su gamarra; tanto es lo que padece, atormentado por el prurito de una jugada de treinta y cuarenta. En aquella hora maldita, se encuentran ojos cuya calma horroriza, semblantes que fascinan, miradas que levantan los naipes y los devoran. Por esto, las casas de juego nunca son tan sublimes como en el principio de sus sesiones. Si tiene España sus corridas de toros, si Roma tuvo sus gladiadores, Paris se gloria de su *Palais-Royal*

cuyas atractivas rolinas facilitan el deleite de ver manar la sangre á torrentes, sin peligro de resbalar por aquella que podría quedar en el suelo. El que quiera echar una ojeada sobre aquel palenque, que entre en él. (1) Que desnudez!... Las paredes, cubiertas de papel mugriento hasta la altura de un hombre, no presentan ni una sola imágen que pueda refrescar el alma; no hay en ellas un clavo que pueda dar lugar al suicidio... El enmaderado pavimento está gastado, sucio. El centro de la sala ocupado por una mesa redonda, y la sencillez de las sillas de paja apretadas al rededor de aquel tapiz usado por el oro, anuncian una singular indiferencia para el lujo en aquellos mismos hombres que van allí á perecer por la riqueza y por el lujo.

Esta antítesis humana se vé establecida siempre que el alma se rehace poderosamente sobre sí misma. El amante quisiera envolver á su querida con telas de seda, revestirla de mullidos cachemiras, y casi siempre la posee en un lecho miserable: se afana el ambicioso para quedar en la cumbre del poder, y está arrastrándose bajo los pies de un dignatario: vive el mercader en húmeda y malsana tienda,

(1) La descripción que nos presenta Mr. de Balzac de la casa de juego en Paris es horriblemente exacta. En el día primero del año 1838, el gobierno mandó cerrar todos los trinquetes.

al mismo tiempo que se construye una casa soberbia en la que no viviria un año..... Por fin, si se exceptua la vista de las cocinas, y el olor de las tabernas, ¿hay en el mundo cosa mas displicente que una casa de placer?... ¡Singular problema!... ¡En todos los actos de la vida firma el hombre su impotencia!... Jamás es ni completamente feliz, ni absolutamente miserable.

Al instante en que el jóven entró en la sala, ya habia algunos jugadores en ella.

Tres ancianos, sin cabellos, se hallaban negligentemente sentados al rededor del tapiz verde. Sus rostros de yeso, impasibles como rostros diplomáticos, revelaban embotadas almas, corazones que tiempo habia no palpitaban, aun cuando jugaban los bienes de una esposa, de sus hijos.

Un italiano jóven, de negra cabellera y morena tez, tenia el codo tranquilamente apoyado en un extremo de la mesa, y parecia consultar aquellos ocultos presentimientos que gritan con fatalidad al jugador: — Si... — No... Aquella cabeza meridional respiraba fuego y oro.

De siete á ocho espectadores, en pie, colocados en forma de galería, esperaban las escenas que debian prepararles las jugadas, los semblantes de los actores, el movimiento del dinero y los rastrillos. Aquellos ociosos se hallaban aquí, silenciosos, inmóviles, atentos, como el pueblo en la plaza

de la Grève, cuando el verdugo corta una cabeza.

Un hombre de estatura alta, seco, de raída cascaca, tenia en una mano un papel, y en la otra un alfiler para marcar los pases de la bola roja, ó de la negra. Era uno de esos Tántalos modernos que viva al márjen de todos los goces de su siglo; uno de aquellos avaros sin tesoro, que juegan idealmente una apuesta imaginaria, especie de locos racionales, que sobrellevan sus miserias acariciando una horrible quimera, sucediendoles en cuanto al vicio y la virtud lo que á los sacerdotes jóvenes les sucede tocante á Dios, cuando celebran misas de ensayo.

En seguida, frente la banca, dos ó tres de aquellos astutos especuladores, espertos en las probabilidades del juego, semejantes á envejecidos presidarios que no se espantan ya de las galeras, asistian al infernal teatro, para aventurar tres jugadas y salir despues con la ganancia casual de que vivian.

Dos antiguos mozos de sala, se paseaban indiferentemente, cruzados los brazos, mirando de vez en cuando, desde las ventanas al jardin, como para mostrar, á guisa de enseña, sus amoratadas caras á los inocentes que pasásen.

El tallador y el banquero acababan de echar á los jugadores aquella lánguida mirada que les asesina, y decian con indiferente acento,

—Jueguen ustedes!... cuando abrió la puerta nuestro jóven.

Un grande silencio reinaba entonces y llegó á ser mucho mas profundo, despues de haberse vultó las cabezas, solo por curiosidad.

Mas, ¡acaecimiento verdaderamente extraordinario! los ancianos del embotado corazon, los empleados de piedra, los espectadores, y hasta el fanático italiano, experimentaron simultaneamente no sé que terrible sentimiento al ver al desconocido.

¡No debe de ser uno bien desventurado, para obtener compasion, bien débil para escitar una simpatía, y bien siniestro para hacer horripilar á las almas en aquella sala, en la cual deben ser mudos los dolores, alegre la miseria, y decente la desesperacion?... Y bien! algo de todo eso habia en la nueva sensacion que atravesó á todos aquellos corazones helados, causada por el aspecto del jóven desconocido. ¡Pero, que los verdugos no han llorado tambien alguna vez sobre las virjenes, cuyas blondas cabezas la revolucion les mandaba cortar!... (1)

Los jugadores leyeron á primera vista en aquel semblante horrible misterio.

En sus facciones estaba imprimida cierta gracia

(1) El lector ya sabrá que madama Roland, la esposa de Luis XVI, y Catalina Corday escitaron dolorosas simpatías por su trájica muerte.

mbulosa. En su mirada se veian muchos esfuerzos estériles, y no pocas esperanzas frustradas, la sombra impasibilidad del suicidio daba á su frente una palidez lóbrega y enfermiza, en los ángulos de la boca se veian pliegues formados por una amarga sonrisa y el conjunto de su fisonomia presentaba una resignacion sofocante.

Un ingenio secreto destellaba en el fondo de sus ojos, mirchitos por los excesos del deleite; porque el libertinaje marcaba con su sello hediondo aquella noble figura, pura y brillante en otro tiempo, aunque entonces degradada. Los médicos hubieran atribuido tal vez á lesiones orgánicas del corazon ó de los pulmones, el círculo amarillo que rodeaba sus parpados, y el quebrado color que jaspeaba sus mejillas; mientras que los poetas hubieran pretendido reconocer en aquellas señales la destruccion de la ciencia, y los vestijios de muchas noches pasadas á la luz de la estudiosa lámpara. Pero, una pasion mas mortal que la enfermedad, una enfermedad mas terrible que el estudio y el jenio, alteraban aquella jóven cabeza, contraian aquellos músculos vivaces, y torcian aquel corazon, órganos que con dificultad habian podido morder las orjias, el estudio y la enfermedad.

A la manera que los forzados acojen con respeto á un famoso criminal que llega á su presidio; asi, todos aquellos demonios humanos, tan esper-

tos en torturas, saludaron un dolor estupendo, una herida cuya profundidad sospechaban por instinto. Por la majestad de su muda ironía, por la elegante miseria de sus vestidos, reconocieron á uno de sus príncipes.

Bien llevaba el jóven un fraque de buen gusto; pero la union de su chaleco y su corbata era mantenida demasiado atentamente, para suponer en regla su camisa. Sus manos, lindas como las de una señora, no estaban sobrado limpias. Dos dias habia que no llevaba guantes. Este diagnóstico lo decia todo.

La causa de estremecerse el tallador y hasta los mozos, era, que en sus formas delicadas y finas, en sus cabellos blondos y claros, buclados naturalmente, sobresalian aun los encantos de la inocencia. Aquella cara tenia aun veinte y cinco años, y parecia que el vicio no era en ella mas que un accidente. En ella, la verde vida de la juventud luchaba todavia con los asoladores efectos de una liviandad impotente. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia se combatian en aquel semblante, produciendo gracia y horror á la par. Presentábase el jóven alli sin resplandor, como un anjel estraviado en su camino. Asi es, que todos aquellos imperterritos profesores del vicio y de la infamia, semejantes á una vieja desdentada que se compadece de una doncella que se ofrece á la prostitucion, estuvieron á punto de gritar al novicio:

— Retrocede !...

Este se dirijió via recta á la mesa. Quedóse en pie, tiró sin calculo sobre el tapete una pieza de oro que traia en la mano, y en seguida, aborreciendo, como toda alma fuerte, pesadas incertidumbres, lanzó al tallador una mirada á la vez tranquila y turbulenta.

Era tan poderoso el interes de aquella jugada, que los viejos no se decidieron á aventurar su apuesta; mas el Italiano, creyendo con todo el fanatismo de la pasion en una idea que le sonreia, puso un monton de oro contra la jugada de nuestro desconocido.

Olvidóse el banquero de soltar aquellas frases que con el tiempo han venido á parar en un grito ronco y casi ininteligible.

— Jueguen Vdes. señores.

— Tiro.

— No se admite mas...

El tallador esparramó los naypes, deseando al parecer buena suerte al recién venido, pues le era indiferente la perdida ó ganancia de los empresarios de diversiones tan sombrías.

Todos los ojos, clavados sobre las fatídicas cartas centelleaban entonces, pues los espectadores veian en aquella pieza de oro, un gran drama, y la ultima escena de una noble vida. Pero, á pesar de la atencion con que miraron alternativa-

mente los naipes y al jóven, ningun síntoma de emocion pudieron percibir en aquel frio y resignado semblante.

— Pierde la roja... dijo oficialmente el que tallaba.

Una exclamacion asaz brutal salió del pecho del Italiano, cuando vió caer los billetes que le tiró el banquero.

Por lo que toca al jóven, no comprendió su ruina hasta el instante en que alargaron el rastrillo para recojer la moneda. El marfil hizola despedir un ruido sordo y pasó rapida como una flecha, á reunirse al monton de oro que brillaba ante la caja. Cerró levemente sus ojos el desconocido y perdieron sus labios el color. Mas, pronto volvieron á levantarse sus parpados; apareció de nuevo en su boca el coral; afectó el ayre de un ingles que há agotado los placeres de la vida, y se fué de la sala, sin mendigar ni un consuelo por una de aquellas desgarradoras miradas que en su desesperacion suelen lanzar los jugadores al círculo de que se separan.

¡ Cuantos acaecimientos se agrupan en el espacio de un segundo, y cuan extraño abismo debe pues ser el entendimiento del hombre!

— Parece que este era su último cartucho!... dijo sonriendose el banquero y apretando en su pulgar é indice la pieza de oro, la cual enseñaba á los concurrentes.

— Es una cabeza destemplada que va á tirarse al rio!... respondió un habituado, dirijiendose á sus concomitantes, porque todos aquellos jugadores se conocian.

— Bah! murmuró el mozo del despacho, ensanchando sus narices para tomar un polvo.

— Caramba! si hubieramos imitado á este caballero!...dijo á sus colegas un viejo, designando al Italiano; y entonces, todos los ojos se fijaron sobre el afortunado jugador á quien temblaban las manos, tal era la agitacion que le conmovia, estrechando sus billetes.

Oí, dijo este, una voz que me gritaba al oido: El juego será mas poderoso que la desesperacion de aquel hombre!

— A buen seguro que no es un jugador; repuso el banquero, de lo contrario hubiera jugado su dinero en tres veces, para apurar la suerte.